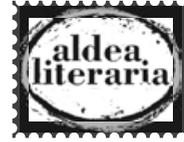


La montaña del dragón

TIM BOWLER

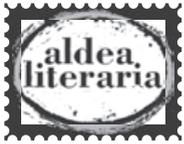



Cantaro



LA MONTAÑA DEL DRAGÓN

Tim Bowler



Título original: *Dragon's Rock*

Traducción: Mariela Ferreira Ghezzi

Corrección: Gabriel Valeiras

Diagramación: Evelyn V. Muñoz

Gerencia de Preprensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Bowler, Tim

La montaña del dragón. - 1a ed. 1a reimp. - Boulonge: Cántaro, 2009.
208 p.; 20 x 14 cm (Aldea Literaria)

Traducido por Mariela Ferreira Ghezzi

ISBN 978-950-753-230-6

1. Narrativa Inglesa . 2. Novela. I. Ferreira Ghezzi, Mariela, trad. II. Título
CDD 823

© 1995 Tim Bowler

This translation of DRAGON'S ROCK, originally published in English in 1995, published by arrangement with Oxford University Press.

Esta traducción de DRAGON'S ROCK, originalmente publicada en inglés en 1995, se publica en acuerdo con Oxford University Press.

© 2009 Para la edición en español. Puerto de Palos S.A. Casa de Ediciones.
Avda. Blanco Encalada 104 (B1609EEO) - Boulogne - San Isidro. Argentina.
Tel./Fax: (011) 4708-8000

Puerto de Palos Casa de Ediciones forma parte del Grupo Editorial Macmillan.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN 978-950-753-230-6

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía, o cualquier otro sistema mecánico, electrónico, fotoquímico, magnético, informático o electroóptico. Cualquier reproducción, no autorizada por los editores, viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

LA MONTAÑA DEL DRAGÓN

Dedicado a mis padres



Capítulo 1

Benjamín se reclinó a descansar, mientras su cuerpo se mecía al compás del movimiento del tren. Y cerró los ojos.

En el instante siguiente se encontraba tras él, como un enfurecido fuego que acechaba su sueño. Corría, casi sin aliento, invadido por el agobiante calor de la respiración del dragón, pero era en vano. Comenzaba a debilitarse, a darse por vencido. Y sentía que se aproximaba cada vez más, rugiendo con furia tras él. De un momento a otro, aparecería; en instantes se vería obligado a enfrentarlo y a sufrir por el mal que, a su criterio, le había causado. De un momento a otro...

—Próxima estación, Exeter St. Davids. Próxima estación, Exeter St. Davids. Muchas gracias.

Parpadeó y abrió los ojos, inseguro, por un instante, de si aún seguía soñando.

Pero el dragón había desaparecido. Sólo notó la presencia de un hombre que lo observaba por detrás de su periódico.

—¿Se encuentra bien, joven?

—¿Qué... qué ocurre?

—Lo oí quejarse mientras dormía.

*“Somos el reflejo de aquello que yace en lo profundo de nuestro ser.
Si no conocemos dios alguno, es porque no albergamos ninguno”.*

Ralph Waldo Emerson

Miró por la ventana y contempló los campos que pasaban a toda velocidad.

–Estoy bien, es sólo que... sólo que...

–Un mal sueño, quizás.

–Así es –respondió de inmediato–. Un mal sueño. Y...

Su mirada se quedó en las tierras invernales que se extendían hasta perderse en el horizonte.

“Debo encontrar una solución”, pensó.

Una vez más, cerró los ojos, pero esta vez no permitió que el sueño se apoderara de él. Su sueño se había convertido en un lugar peligroso, donde el dragón lo acechaba; y así había sido desde aquella fatídica visita seis años atrás. Pero ahora tenía la oportunidad de regresar, encontrar una solución a su problema y comenzar una nueva vida. Y quizás, entonces, el dragón lo dejaría en paz.

Volvió a abrir los ojos, ignoró la mirada inquisitiva del hombre y miró al cielo, y por un instante sintió que su mente se dejaba llevar, alejándose del dragón. Pensó en la granja, los campos, el bosque, el nerviosismo que le provocaba volver a ver a Toby; pero, sobre todo, en aquello que lo había obsesionado desde esa visita. Las cosas que había visto y que jamás olvidaría. Y una de esas cosas en particular, aunque sólo la hubiera vislumbrado un instante: el rostro de una mujer atemorizada.

El cuchillo resplandeció y Toby sonrió como solía hacerlo mientras tallaba y notó que había sacado la lengua. Pero dado que el arte de tallar requiere concentración, concluyó que era imposible concentrarse sin hacerlo.

Chip, chip, chip.

Los trocitos de madera cayeron sobre el césped y Toby volvió a sonreír. La sensación de tallar madera siempre le había resultado gratificante. Miró fijo a su perro pastor, que yacía acurrucado a sus pies.

Probablemente fingía estar dormido, pero él sabía que con sólo olfatear un leve movimiento, Flash se despertaría y comenzaría a dar saltos. Por un instante, dejó de tallar y contempló el pausado movimiento del estómago de su perro, constante y relajado, inhalando y exhalando, como si después de todo no existiera preocupación alguna. El llamado de su padre lo hizo regresar a la realidad.

–¡Toby!

Miró por encima del hombro en dirección a la cerca del corral.

–¡Aquí estoy!

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Estaba tallando.

–¿Flash se encuentra contigo?

Deseó que su padre dejara de hacerle preguntas, sin importar cuán buenas fueran sus razones.

–¡Sí!

Oyó que su padre arrastraba algo hasta el cobertizo, cerraba luego la puerta y echaba el cerrojo. Un instante después, se asomó por la esquina, con los brazos desnudos a pesar del frío diciembre.

–Muy bien, pensé que quizás habría... tú sabes...

–Hace una hora que está conmigo.

Como si percibiera que hablaban de él, Flash giró sobre sí poniéndose boca arriba y los miró. El padre se arrodilló y deslizó su mano acariciándole el pelaje.